

El obispado de Vich. El de Tortosa.
El de Solsona. El de Elm.

En Italia.

El arzobispado de Brindis. El arzobispado de Tarrento.
El de Lanciano. El obispado de Ariano.
El de Matera. El de Acerra.
El de Otranto. El de Aquila.
El de Rodi. El de Costan.
El de Salerno. El de Castellmare.
El de Trani.

Reino de Nápoles.

El arzobispado de Gaeta. El obispado de Puzzol.
El obispado de Galipoli. El de Potenzá.
El de Giovenazo. El de Trivento.
El de Mofola. El de Tropea.
El de Monopoli. El de Dujento.

Reino de Sicilia.

El arzobispado de Palermo. El de Montreal.
El de Mazara. El obispado de Girgento.
El de Mesina. El de Catania.
El obispado de Partí. El de Zaragoza.
El de Sesalu. El de Malta.

En Milan.

El arzobispado de Milan. El obispado de Vigevano

Reino de Mallorca.

El obispado de Mallorca.

Reino de Cerdeña.

El arzobispado de Cagliari. El obispado de Alqueroli.
El de Oristan. El de Boza.
El de Sacer. El de Ampurias.

En Africa.

El obispado de Tanger. El obispado de Ceuta.

En las Indias orientales.

El arzobispado de Goa. El obispado de Madera.
El de Angola, en las islas. El de Cochín.
las Terceras. El de Malara.
El del Cabo Verde. El de Meliapor.
El obispado de Santo Tomás. El de Macao.

De todos los arzobispados y obispados no percibe el Papa de lo perteneciente al obispo que muere, ni mientras se halla vacante el beneficio. Seria prolijo y difícil referir el número de abadías y de dignidades para las cuales presenta el rey de España.

Arzobispados y obispados de la Nueva España.

Hablemos ahora de los seis arzobispados y de los treinta y dos obispados de la Nueva España, de sus islas y del Perú.

El arzobispado de la ciudad de San Juan de los Reyes, capital de la provincia del Perú, vale, escudos de renta.....	50,000
El obispado de Arequipa.....	16,000
El de Trugillo.....	14,000
El de San Francisco de Quito.....	18,000
El de la Gran ciudad del Cuzco.....	24,000
El de San Juan de la Victoria.....	8,000
El de Panamá.....	6,000
El de Chile.....	5,000
El de Nuestra Señora de Chile.....	4,000
El arzobispado de Bogotá, del nuevo reino de Granada.....	14,000
El obispado de Popayan.....	5,000
El de Cartagena.....	6,000
El de Santa María.....	18,000
El de la Plata, de la provincia de las Charcas.....	60,000
El arcediano de este obispado tiene.....	5,000
El maestro de capilla, el chantre y el tesorero, cada uno.....	4,000
Seis canónigos, cada uno.....	3,000
Otras seis dignidades que vale cada una...	1,800

Y se notará por la riqueza del capítulo de la Plata, que los demas tienen poco menos que él. El arzobispado de la Plata cuenta por sus fraganeos.

El obispado de Paz.
El de Tucuman.
El de Santa Cruz de la Sierra.

El de Paraguay de Buenos-Aires.	
El del Rio de la Plata.	
El obispado de Santiago, en la provincia de Tucuman, vale escudos.....	6,000
El de San Lorenzo de los Barrancos.....	12,000
El de Paraguay.....	16,000
El de la Trinidad.....	15,000
El arzobispado de Méjico, erigido en 1518, reales.....	20,000
El obispado de los Angeles.....	30,000
El de Valladolid, de la provincia de Mechoacan, escudos.....	14,000
El de Antequera.....	7,000
El de Guadalajara, provincia de la Nueva Galicia.....	7,000
El de Durango.....	4,000
El de Mérida, capital de la provincia de Yucatan.....	8,000
El de Santiago, de la provincia de Goatemala.....	8,000
El de Santiago de Leon, sufragáneo del arzobispado de Lima.....	5,000
El obispado de China.....	5,000
El arzobispado de Santo Domingo, primado de Indias.....	5,000
El obispado de San Juan de Puerto-Rico, reales.....	5,000
El de la isla de Cuba, escudos.....	8,000
El de Santa Ana de Core.....	8,000
El de Camayagua, capital de la provincia de Honduras.....	5,000
El arzobispado metropolitano de Manila, capital de las islas Filipinas, escudos.....	5,000

Tal era la inmensa estension de la monarquía española; segun existia reinando la casa de Austria.

Continuacion de los sucesos del siglo XVI.

Principio de su reinado.	Nombres de los reyes.	Duracion de su reinado.
Años.		Años.
1517	Carlos, I.º de España y V emperador de Alemania.....	59
1556	Felipe II.....	42
1598	Felipe III.....	25

D. Carlos, I.º de España y emperador V de Alemania, á quien por la incapacidad de su madre doña Juana declararon por su heredero los dos reyes católicos, se hallaba en Alemania cuando murió don Fernando; y mientras verificaba su venida, mandó por gobernador del reino al cardenal Adriano; mas como Cisneros quisiese tambien continuar con el gobierno, á que le habia autorizado D. Fernando, los dos prelados sin muchos debates se convinieron en gobernar juntos. No se le ocultaba á Cisneros la prevencion que contra él abrigaban los grandes, por atribuirle, no sin razon, una parte muy principal en la disminucion de sus prerogativas; pero lejos de mudar de idea, trató de oprimirlos mas. Formó un cuerpo de 50,000 hombres de milicias, y las dió gefes de su confianza y devocion; y llamando luego á los diputados de la grandeza, al exigir estos al cardenal los poderes con que gobernaba, y viendo que no quedaban muy satisfechos, señalándoles con el dedo las tropas, que al efecto con gran aparato tenia formadas: «Ved, les dijo, los poderes con que me ha revestido S. M. C.; con ellos gobierno la Castilla y la gobernaré hasta que nuestro amo y el mio venga á tomar posesion de su reino.» Y no contento con haber hecho enmudecer á los grandes con aquella insinuacion hostil, quiso debilitarles aun mas su poder, haciéndoles presentar los títulos de pertenencia de sus grandes posesiones; y agregando á la corona las que no fueron tenidas por legitimas. No fueron solo los enemigos internos, con quienes tuvo que luchar la pericia de Cisneros. En aquel intervalo de su gobierno vencieron nuestras tropas á las francesas en el reino de Navarra; mas las que fueron enviadas contra el corsario Barbaroja, retrocedieron despues de haber sido ignominiosamente derrotadas, por haber caido, merced al descuido del almirante, en el lazo que las armó el enemigo. Cuando iba Cisneros á entregar al emperador el mando, le asaltó en el camino una enfermedad, que le condujo al sepulcro. Fué este ilustre prelado el mayor político de su siglo: siendo de humilde nacimiento, de simple religioso fué elevado á la silla episcopal, al cardinalato y á la regencia del reino. El tuvo mucha parte en el triunfo de nuestras armas: protegió decididamente las virtudes y los talentos: dió gran impulso á los estudios; y á él se debió la reforma del clero secular y regular verificada en tiempo de doña Isabel: y la mayor parte de sus rentas fué empleada en obras de utilidad comun. Tal fué, entre otras, la universidad de Alcalá.

En este estado de cosas pasó D. Carlos á España,

mas á los pocos dias fué llamado otra vez á los Países Bajos para recibir la investidura del imperio, con que la Dieta Germánica le invitaba: pero necesitando dinero para el viaje y para la ostentación propia de un emperador, convocó Córtes en Santiago de Galicia, á donde concurren, aunque de muy mala gana, los diputados por Castilla; y como se negasen á las pretensiones del rey, abusando este del poder, desterró á los que mas se opusieron; y trasladando el congreso á la Coruña, obtuvo los subsidios que apetecía. En seguida se puso en marcha para los Países Bajos, dejando en España, por su proceder con los diputados, el gérmen de una revolución, que no tardó mucho en brotar. Ocupaban los flamencos los principales destinos, y el cardenal Adriano, que habia quedado de regente era tambien extranjero: esto unido á un modo de gobernar, á que no estaban acostumbrados los españoles, y la violencia hecha á las Córtes anteriores, obligaron á la mayor parte de las ciudades á que tomasen las armas. Unidas bajo el nombre de Comunidades, reconocieron por regenta del reino á doña Juana la Loca, formaron una junta superior, escribieron sus quejas al emperador, y en poco tiempo juntaron un considerable número de tropas, á cuya cabeza se pusieron D. Fernando Dávalos y D. Juan Padilla. Noticioso el emperador de esta sublevación, escribió á las ciudades; y asociando en la regencia al condestable y al almirante de Castilla, consiguió que las mas dejasen el aspecto hostil que habian tomado: los que habian empuñado las armas, continuaban hostilizando á los realistas. La regencia puesta por el emperador, escribió á este pintándole con calor los males que sufría el reino, decíale entre otras cosas, «que los comuneros no obraban tanto por espíritu de rebelión, como por el deseo de ser gobernados con justicia.... que los ministros que tenia á su lado, habian causado todos los males por su avaricia.... que S. M. debia acceder á las peticiones justas de sus reinos, si queria que se restableciese la paz y tranquilidad.» A pesar de estas indicaciones, no se cuidaba la regencia en debilitar las fuerzas de los sublevados. Logró con promesas hacer que se retirasen algunos de sus gefes, y dispuso que el conde de Haro con 10,000 hombres marchase contra Padilla. Retirábase este á Toro, para que se le incorporasen las tropas que esperaba de las ciudades, y sin cuyo auxilio no podia contrarrestar á las del rey; pero habiendo sido alcanzado en los campos de Villalar, no pudo escusar la batalla, que fué muy funesta para los comuneros, quienes, aunque pelea-

ron con valor, no pudieron resistir al número y disciplina de los realistas, ni al rigor de un temporal, que tambien se conjuró contra ellos con un aguacero, que dándoles de cara, no les dejaba maniobrar. Quedó cubierto de cadáveres el campo, y prisioneros Padilla, Bravo y Maldonado, que fueron decapitados al siguiente dia. Publicóse en seguida una amnistía, y bajaron la cerviz todas las ciudades, menos Toledo: que animada por doña Maria Pacheco, viuda de Padilla, se resistió cuatro meses á los ataques de las tropas del rey. La Pacheco se fugó disfrazada á Portugal. Tambien en Valencia habian levantado bandera los agermanados; pero con la derrota de los de Castilla decayeron de ánimo, y vencidos despues por los realistas, fueron sus gefes condenados al último suplicio; el mismo fin tuvieron los de Mallorca.

Halló D. Carlos pacificada ya la península á su regreso de Flandes, pero no tardó en verse precisado á tomar las armas Francisco I, rey de Francia, despues de haber sido desairado en su pretension al imperio, hizo revivir sus derechos sobre el ducado de Milan; mas las tropas españolas y alemanas victoriosas en varios encuentros, en la batalla de Pavia dieron el último golpe á las francesas, que fueron completamente derrotadas, y huyeron á Francia sin armas ni bagages y dejando prisionero al mismo rey Francisco I. Trasladado este á Madrid, se avino á trueque de conseguir su libertad, á firmar las condiciones de paz que le propuso D. Carlos; mas apenas se vió libre, cuando faltó á su palabra, y uniéndose á la liga llamada *Clementina*, formada del Papa, del duque de Milan, del principe de Florencia, de la Inglaterra y de la república de Venecia, determinó de consuno con estos hacer la guerra á don Carlos. No arredraron á este tantos contrarios unidos, y emprendiendo primero contra el corifeo de aquella alianza, que era el Papa, hizo avanzar sus tropas hasta Roma, de la que se apoderaron entrándola á saco y aprisionando al pontífice, que en vano quiso hacerse fuerte en el castillo de Sant-Angelo: prometió entonces el principe de la Iglesia entregar cierta suma de dinero y varias ciudades, y no tomar parte en aquella guerra; pero infiel á su promesa, mediante la cual habia sido puesto en libertad, se fugó á Orbiato, y desde allí hizo cuanto mal pudo á los españoles. Entretanto pasando á Italia un ejército francés, se apoderó de casi todo el reino de Nápoles; y despues de desbaratada la escuadra española, se hubiera apoderado de la misma capital, si D. Andrés Doria, abandonando el partido de los franceses, no se hubiera pasado al de los españo-

les, y facilitado á los sitiados provisiones de boca y guerra; y sobreviniendo además al ejército francés una peste maligna producida por la intemperancia y abusos, tuvo que retirarse notablemente disminuido, dejando otra vez á todo Nápoles en poder de los españoles: por lo que viendo los aliados lo inútil de su empeño, ajustaron la paz con D. Carlos.

Otro enemigo mas formidable vino entonces á turbar la tranquilidad general. Soliman II con 500.000 hombres atacó á la Hungría: D. Carlos con los grandes donativos de los alemanes y españoles pudo equipar un ejército de 90.000 infantes y 50.000 caballos, y puesto á su frente marchó á oponerse á los turcos; mas á pesar de tanto aparato, se terminó aquella guerra sin ninguna acción de importancia; pues temiéndose mutuamente los dos campeones, Soliman retrocedió á sus estados, y D. Carlos se volvió á España, no para descansar, sino para dar principio á otra guerra. Destronado por Barbaroja el rey moro de Túnez, vino á implorar la protección del emperador, que no desaprovechó la ocasión de emplear sus armas en destruir los corsarios y la morisma: armó una escuadra de 140 galeras, y mas de 560 buques menores, con que se dió á la vela, y fué á desembarcar á Goleta, que fué al momento tomada por asalto. Pasaba desde allí á Túnez, y saliéndole al encuentro Barbaroja con 100.000 hombres, logró derrotarlos, y entrar en Túnez; cuya toma facilitaron mas de 20.000 cautivos cristianos que allí habia. A su regreso á España supo que el rey de Francia habia vuelto á emprender la conquista de Milan. D. Carlos le hizo desistir de aquella empresa llevando la guerra á Francia. Al año siguiente acometió el francés á los Países Bajos, apoderándose de varias plazas; mas fué luego rechazado, y se ajustó en Niza una paz de 10 años. Cuando á D. Carlos le faltó la guerra esterior se la hicieron sus mismos súbditos: rebeláronse varios pueblos de Alemania, y Gante tomó las armas; pero acudiendo el emperador, la redujo á la obediencia; y castigó severamente á los motores de la rebelion.

Molestaban continuamente los argelinos con sus correrías las costas de España, y D. Carlos para castigarlos aprestó una brillante armada y pasó á sitiar á Argel. Llevaba en buen estado las operaciones, cuando una recia tempestad, que inutilizó las maniobras y destruyó varias naves, le obligó á levantar el sitio. No bien regresó á la península, cuando tuvo que mover sus armas contra los Países Bajos, donde los luteranos ó protestantes (llamados así porque protestaron contra el concilio de Trento celebrado entonces) se rebelaron contra el empe-

rador; y reunieron un formidable ejército, que solo duró hasta que pasando allá los españoles, le destruyeron completamente. Hubiera quedado estinguida hasta la última chispa de aquella guerra, si D. Carlos no se hubiera visto obligado á contemporizar con los protestantes para acudir á donde le llamaban peligros de mas cuantía. Soliman, á instancias de la Francia, acometió otra vez á la Hungría; y la Francia misma, infiel á sus tratados, declarándose protectora de los luteranos, se apoderó de varias plazas, y obtuvo algunas ventajas contra los imperiales. D. Carlos, aunque consiguió que el turco abandonase la Hungría, como ya los años y las fatigas habian debilitado mucho su ardor guerrero, transigió con los protestantes, permitiendo en Alemania la libertad de cultos; y despues de varios combates, ya prósperos ya adversos, con la Francia, y entablados los preliminares de una paz general, se resolvió abdicar la corona. Su hijo primogénito D. Felipe heredó la España, las Américas, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milan y los Países Bajos; y aunque D. Carlos hubiera querido que entrase tambien en posesion del imperio de Alemania, tuvo que cedersele á su hijo segundo D. Fernando. Son muy notables las palabras que dirigió á su hijo D. Felipe al entregarle la corona: *En vuestra mano está, le dijo, justificar por medio de una administracion prudente y benéfica, la extraordinaria prueba que acabo de daros de mi paternal ternura, y acreditar que sois digno de esta confianza. Guardad un respeto inviolable á la religion; mantened la fé católica en toda su pureza, y sean para vos sagradas las leyes de vuestro pais. Procurad no atentar los fueros y privilegios de vuestros pueblos; y si algun día deseais gozar á mi ejemplo de la quietud y tranquilidad de una vida privada, plegue al cielo concederos un hijo dotado de tales prendas, que al cederle la corona esperamenteis todo el gozo que yo experimento al ceñir con ella vuestras sienes.* Desde este momento no volvió D. Carlos á ocuparse en cosas temporales: y pasó el resto de sus dias en el monasterio de Yuste, cerca de Plasencia, donde murió dos años despues de su retiro, á los cincuenta y ocho años y medio de su edad.

Felipe II.

Heredó Felipe II con la corona el espíritu guerrero de su padre. La animosidad de Paulo V dió margen al primer ensayo de las armas españolas en aquel reinado: empeñado el Papa en quitarnos

el reino de Nápoles, no tardó en verse en la humillación de pedir treguas al duque de Alba, que con su ejército victorioso se puso en pocos días á las mismas puertas de Roma. Al mismo tiempo hacia D. Felipe en Flandes grandes preparativos de guerra: auxiliado por el inglés con 8000 hombres, y puesto al frente de un aguerrido ejército el duque de Saboya, pasó á sitiar á San Quintín. Acudía el francés con numerosas tropas al socorro de aquella plaza; mas trabada la batalla con los sitiadores, obtuvieron estos una completa victoria. Seis mil cadáveres y cuatro mil prisioneros dejaron los franceses en el campo: la plaza fué luego tomada por asalto, y pasada la guarnición á cuchillo. El monasterio del Escorial, fundado con motivo de tan señalada victoria, será un constante recuerdo de nuestras glorias, y de los adelantos de las ciencias, de la piedad y del arte militar de aquella época. Al año siguiente recibieron otro descalabro las tropas francesas; habian penetrado hasta cerca de Gravelinas en Flandes, y allí fueron vencidas con muerte de 2000 hombres y de 5000 prisioneros. A pesar de tantas pérdidas, aun pudo reunir la Francia un ejército de 40,000 soldados, que marcharon á oponerse al duque de Saboya, que con igual número de tropas se hallaba á las fronteras de la Picardía. Cuando se esperaba el momento de una acción decisiva, por mediación del Papa, se ajustó la paz de Cateau Chambresis; y para que fuese mas sólida, dió D. Felipe su mano á doña Isabel, hija del rey de Francia, y que desde entonces se llamó *la princesa de la paz*.

Habiendo D. Felipe, á su regreso de Flandes, dejado aquel gobierno á su hermana doña Margarita de Austria, se dieron por ofendidos de esta elección el príncipe de Orange y otros muchos nobles, que se unieron á los protestantes y levantaron el estandarte de la rebelion. Adoptaron el nombre de *mendigos* por haberles dado este epíteto en ocasión de presentar sus súplicas á doña Margarita, proponiendo la abolición de la inquisición, y la libertad de cultos. Por no hallarse aquella gobernadora con bastantes medios para humillar á los sublevados, envió D. Felipe al duque de Alba con un buen ejército español: á su arribo se retiraron los mas sublevados al interior de la Alemania, y otros dejaron las armas: algunos de los principales que quedaron en Flandes fueron aprendidos y condenados por un consejo especial, que se llamó *de la sangre*, á diferentes géneros de muerte. El terror hizo emigrar mas de 20,000 personas. Y siendo tanto rigor contrario al genio de doña Mar-

garita, renunció el cargo de gobernadora. No quedó por eso sofocada la rebelion; pues con los auxilios de varios príncipes protestantes, llegó á juntar Orange hasta 31,000 hombres; que divididos en dos trozos, despues de haber obtenido algunas ventajas parciales, iban en busca del duque de Alba: no contaba este con mas de 12,000 hombres disponibles; pero fiado en su valor, resolvió atacar separadamente al enemigo; marchó en busca del primero, mandado por Luis de Nasau; y forzándole en su mismo campo, le pasó á cuchillo casi todo. Revolvió en seguida contra el otro ejército comandado por Orange; mas este no se atrevió á esperar al duque, ni este quiso acometerle, sino que se contentó con ir siempre picándole la retaguardia; con lo cual solo consiguió disminuir tanto el ejército de Orange, que al retirarse este á Francia, no le quedaban mas que 500 hombres de los 31,000 con que pasó á Flandes. Era el duque un buen militar; pero carecía de otras prendas indispensables para hacer amar de los pueblos. Su rigor inflexible marchitó mucho el esplendor de sus armas siempre victoriosas; pues el temor impedía la sumision de los vencidos, y en la desesperacion de estos encontraba siempre enemigos que vencer. Holanda y Zelanda eran ya las únicas plazas que habian quedado á los *mendigos* de muchas que habian logrado tomar: necesitaba el duque de una escuadra y mas recursos para apoderarse tambien de aquellas; mas como no se le auxiliase, hizo su dimision; y pasaron á sustituirle D. Luis Zañiga y D. Juan de Austria, cuya excesiva clemencia, atribuida á temor, dió lugar á que cayese en poder de los rebeldes la mayor parte de los Países Bajos. Fué encargado del mando de Flandes Alejandro Farnesio, en ocasión de que solamente dos de aquellas provincias obedecian á la España: mas fué tal su política y valor, que sin haber llevado nuevas tropas, consiguió reducir hasta ocho provincias, de las diez y siete que componian aquellos estados; y probablemente hubieran sucumbido todas, si la diferencia de D. Felipe no hubiera dado lugar á que se perdiesen otra vez; pues mientras Farnesio por órden superior acudió con sus tropas á Francia, los protestantes recuperaron cuanto habian perdido.

Habian por este tiempo los moros de Granada sacudido la máscara de cristianos, con que desde el reinado de los reyes católicos habian logrado vivir pacíficamente entre nosotros. Proclamaron por su rey á Mahomet Aben-Humeya, y dados á todo género de escesos, se sostuvieron tres años en las Alpujarras contra el poder de Felipe; pero vencidos al fin, fue-

ron vendidos como esclavos y repartidos por diversas provincias de España.

Hacia algun tiempo que Selin, emperador otomano, insultaba á la Europa con una poderosa armada. Habíase apoderado de Menorca y de la isla de Gerbes; habia intentado lo mismo sobre algunas plazas de la costa de Berbería; y habia logrado batir una pequeña escuadra nuestra que se perdió casi toda; mas al querer el turco apoderarse de la isla de Chipre, fué acometido por D. Juan de Austria y completamente derrotado. Doscientas naves y 25,000 sarracenos, perdió Selin en esta batalla naval. Dos años despues se apoderó el mismo D. Juan de las plazas de Tunes y la Goleta, y para su defensa construyó un fuerte entre una y otra, cuya custodia se confió al célebre D. Pedro Portocarrero; el que acometido despues por fuerzas muy superiores, sucumbió con los suyos; pero defendiendo con la espada hasta el último palmo de la fortaleza.

Habia muerto el rey de Portugal sin sucesor directo á la corona, y aunque fueron varios los pretendiente, solos D. Felipe y el prior de Ocrato, proclamado rey por los portugueses, se disputaron con las armas el derecho. Dos batallas campales y una naval ganadas por D. Felipe, le pusieron en posesion de aquel reino. Habia doña Isabel, reina de Inglaterra favorecido abiertamente á los enemigos de España, y fomentado las sediciones de Flandes; y D. Felipe, para tomar las justas represalias, apresó en Lisboa la escuadra mas formidable que hasta entonces se habia conocido en España, y que por llevar 20,000 hombres de desembarco fué llamada la *Invencible*. Una tempestad sobre otra destruyó la mayor parte de estos buques, cayendo varios de ellos en poder de los ingleses y holandeses. Otra escuadra de 80 naves, tripulada despues por D. Felipe, fué tambien destrozada por los vientos; por lo que, quedando indefenso el mar de nuestras costas, hicieron los ingleses un desembarco en la Coruña, en cuyos arrabales penetraron: mas fueron rechazados por el pueblo, que sin distincion de sexos ni edades luchó vigorosamente contra el enemigo comun. Seguia al mismo tiempo la guerra en los Países Bajos; y D. Felipe tuvo que luchar al mismo tiempo contra los rebeldes y contra la Francia y la Inglaterra que los protegian con sus armas. La pérdida de las flotas anteriores hacia precisa la formacion de otra nueva; y cuando se estaba disponiendo en Cádiz, acudió la armada inglesa, se apoderó de la plaza y la saqueó, llevándose gran botin: los buques mercantes españoles que estaban en la bahía fueron quemados para que no fuesen presa del ene-

migo; se valuó en 220 millones aquella pérdida. Cansado ya D. Felipe de tanta guerra y desastre, dió oídos á las proposiciones de paz con que por medio del papa le convidaba la Francia: devolviéronse mutuamente las plazas que se habian tomado; y D. Felipe además cedió los Países Bajos y el condado de Borgoña á su hija doña Isabel, casándola con el archiduque Alberto. Una buena política hubiera podido cortar la guerra en su principio; pero el excesivo rigor é intolerancia hizo al cabo precisa la transaccion. Muchas fueron las víctimas que sacrificó D. Felipe llevado del celo por la religion; tal vez fué una de ellas su primogénito D. Carlos, que murió en una prision, sin que se sepa la verdadera causa de tanto rigor; algunos atribuyen á celos de amor aquella muerte.

Felipe III. (Año 1598.)

Es reconocido Felipe III con el nombre de *pacífico*; pero mejor mereceria el de apático: demasiado débil, dice Ascargorta, para sostener sobré sus hombros el peso del gobierno, le descargó en su primer ministro el duque de Lerma; quien insuficiente para tan difícil cargo, le abandonó en su confidente D. Rodrigo Calderon, hombre oscuro y ambicioso; que de page del duque subió á la confianza del mismo rey. Con esto se dice que reinaron los favoritos, y como por lo comun nada puede esperarse de esta clase de hombres, ocupados esclusivamente en su interés particular, se comprende con facilidad que el espíritu de intriga seria el móvil de todas sus operaciones, y que la felicidad de los pueblos se hallaba absolutamente escluida de sus cálculos políticos. El erario quedó exhausto en medio de la paz; los pueblos fueron recargados de nuevas contribuciones; y las abundantes minas de oro y plata sólo sirvieron para henchir las arcas de los ambiciosos mandarines.

Quiso el favorito Lerma distinguir su ministerio con alguna cosa notable, y se propuso la conquista de Argel y la de Irlanda, pero salió frustrada una y otra expedicion: la de Irlanda, sin embargo, se continuó al año siguiente; y nuestras tropas mandadas por Espinola se apoderaron de muchas ciudades. Se dió cerca de Gibraltar una sangrienta batalla naval, en la que murieron los generales de ambas partes, pero sin decidirse la victoria. Con esto se apresuró la conclusion de la paz, cuyos preliminares se habian sentado ya antes de aquella accion. Habian llamado la atencion del rey las esposiciones de varios obispos, quejándose de que los de raza morisca subsistentes en España, continuaban en su